El Señor lo necesita

¿Alguna vez has estado en una situación en la que realmente necesitabas ayuda? La situación se te había ido de las manos; era demasiado difícil, demasiado doloroso, quedaste atrapado y no había nada que hacer al respecto. Realmente necesitabas a alguien que pudiera entrar en tu situación y hacer las cosas bien. Esa había sido a menudo la situación de los judíos del Antiguo Testamento. Ya sea en la esclavitud de los egipcios, los asirios, los babilonios, los persas, los griegos, los romanos, o incluso con sus propios líderes corruptos, se encontraban muchas veces en una situación de opresión y no podían hacer nada al respecto. Ellos necesitaban un libertador. Dios les había prometido un libertador, pero parecía no llegar. En el Antiguo Testamento hay varias profecías sobre el Salvador, el Mesías prometido que vendría a liberar a los judíos. Estas profecías fueron clavadas en el corazón del pueblo judío. A lo largo de los siglos, la esperanza de un Mesías era su fuerza en los momentos de sufrimiento, la derrota y el exilio.

En los días anteriores a Jesús, el pueblo estaba bajo el dominio brutal del Imperio Romano. Esto provocó que deseasen aun más a su Mesías, su Libertador. Hubo hombres diferentes durante este tiempo en la historia que se levantaron y consiguieron un grupo de seguidores. La gente empezaba a creer que estos hombres podrían ser el Mesías prometido. Pero luego murieron o fueron descubiertos como falsos y la gente volvía a lo que parecía ser una espera interminable. La vida era insoportable bajo los romanos, pero ¿qué otra opción tenían? En los días posteriores al nacimiento de Jesús no tenían ni idea de que en el pueblo de Nazaret, el Mesías prometido ya había llegado.

Si leemos la historia de Jesucristo, vemos que comenzó su ministerio público a la edad de 30 años. Se caracterizaba por una enseñanza como nadie había oído nunca. Él bendecía a los niños, daba el perdón a aquellos que estaban atrapados en el pecado, e incluso se relacionaba con los que la sociedad desechaba. Su ministerio fue confirmado por las señales y milagros que hacía. Los ciegos recibían la vista, los cojos andaban, los que tenían la lepra eran curados, los sordos oían, los muertos se levantaban, y las buenas noticias eran predicadas a los pobres. Mucha gente creyó y le siguió.

Todo esto preparaba el camino para la razón declarada por la cual vino Cristo. Jesús había venido a buscar y a salvar a los perdidos y esto solo se llevaría a cabo al morir Él en la cruz por nuestros pecados y al resucitar a la vida. Una semana antes de su crucifixión y resurrección hubo un evento especial que nos relata Lucas 19:28-38.

La historia describe a Jesús caminando por el Monte de los Olivos, atravesando el valle del Cedrón, y entrando en la ciudad de Jerusalén. Judíos, por miles, se habían reunido en Jerusalén para la celebración de la próxima Pascua. Mientras Jesús se acercaba a la ciudad, los vítores subían y la

gente empezó a salir a encontrarse con Él, alabándole como el Mesías prometido. Montado en un pollino, la gente ponía sus mantos sobre el camino delante de él y agitaba palmeras en su honor. Si observamos la cultura de la época y las escrituras del Antiguo Testamento podemos empezar a entender mucho más sobre esta historia. Un animal que nunca había sido montado o había trabajado se utilizaba a menudo para fines sagrados (1 Samuel 6:7;. Num 19:2;.. Dt 21,3). Por lo tanto, Cristo entró montado sobre un potro de burro. Un rey conquistador entraría en una ciudad montado a caballo. Un rey que venía en son de paz montaría en burro (Mateo 21:2, 1 Reyes 1:33-34). Jesús no había llegado para ser un rey terrenal y militar que liberara a los judíos de Roma. Él vino como Rey eterno, Príncipe de Paz que liberaría a muchos de la condena y la esclavitud del pecado.

Zacarías 9:9 dice: *"¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita, hija de Jerusalén! Mira, tu rey viene a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna."* Había sido profetizado, pero la gente no reconocía las señales. Jesucristo era verdaderamente el rey, pero no el tipo que habían esperado. La colocación de mantos, túnicas y ramas de palmera era claramente un signo de realeza (2 Reyes 9:12-13, Salmo 7:9). Era peligroso hacer tal afirmación en ese momento de la historia, pero fue el momento que Dios había establecido y el final se acercaba.

Podríamos centrarnos en diferentes lecciones de esta historia, pero vamos a dirigir nuestra atención por un momento a los versículos 31-34, que hablan del pollino que Jesús había pedido, necesario para que toda esta historia fuera posible. Cuando Jesús se acercaba a Jerusalén, les había pedido a dos de sus discípulos que fueran a un pueblo cercano donde encontrarían un pollino. Les dijo que lo desataran y que se lo llevaran. Si alguien les preguntaba por qué lo estaban cogiendo, debían decirle: *"El Señor lo necesita."* Eso es exactamente lo que ocurrió. Fueron y cuando el dueño les preguntó por qué lo estaban desatando, se limitaron a decir: *"El Señor lo necesita"*, y el propietario dejó que se lo llevasen. No sabemos el nombre del propietario ni nada más sobre él. Sólo sabemos que la frase era suficiente: *"El Señor lo necesita."* En este momento un hombre desconocido, dueño de un burro, fue invitado a participar en el cumplimiento de unas profecías milenarias y a ser parte de la historia de Dios en la tierra.

Cuando estos versículos usan la palabra 'necesita', no es que Dios realmente tenga necesidad de algo que nosotros podemos ofrecerle. Él es totalmente autosuficiente y soberano (Salmo 50:7 b-12, Salmo 24:1). Él no necesita nada, y sin embargo, Dios aprovechó la oportunidad de invitar al hombre a unirse a él con lo que estaba haciendo.

Vemos otros ejemplos de personas que ofrecen lo que tienen porque "El Señor lo necesita." En el Antiguo Testamento, Elcana y Ana ofrecieron a su hijo Samuel a Dios, incluso antes de que naciera, y se convirtió en uno de los más grandes jueces que la nación de Israel tuvo jamás. En Reyes 17, la viuda de Sarepta compartió su último grano y aceite para que el profeta Elías comiera. Debido a esto, Dios nunca permitió que le faltara grano ni aceite mientras duró la sequía. En Lucas 3, vemos a Jesús pedir un barco que pertenecía a Simón para que las masas pudieran oír mejor su mensaje

de salvación. En Juan 6:6 vemos a un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Jesús toma el pequeño almuerzo y da de comer a cinco mil hombres, más mujeres y niños. En la Biblia vemos a muchas personas que ponen a disposición de Dios lo que tienen porque el Señor lo necesita. Luego, en las manos de Jesús, su pequeña oferta se convierte en mucho más.

Esta historia de la salvación y la invitación de Cristo a unirse a él en su obra continúa en la actualidad. Nuestro Dios soberano dice que se acerca el Día del Señor, y nos ha pedido participar con Él en nuestros lugares de trabajo, en nuestras familias, en nuestras iglesias y en nuestro mundo. ¿Estamos dispuestos a dar lo que sea, siempre, porque "El Señor lo necesita?" Esta pregunta implica algo más que nuestro dinero y nuestro tiempo. ¿Estamos dispuestos a dar al Señor pleno acceso a todo lo que tenemos y todo lo que somos? Esto incluye nuestras pasiones, nuestras habilidades, nuestros planes, nuestros sueños, nuestro futuro, nuestra jubilación, nuestras familias, e incluso nuestros hijos. Por el bien de Cristo, ¿estáis incluso dispuestos a ofrecer vuestro dolor del pasado, fracasos y retos para que podáis ministrar a otros que tienen necesidades similares?

Cuando ponemos a Su disposición las cosas de nuestras vidas, Dios las coge y hace algo sobrenatural a través de nuestra oferta para beneficiar a su reino y bendecir a quienes nos rodean. Una madre con experiencia sirviendo a una madre primeriza. Un chico ofreciendo amistad al nuevo estudiante en la escuela. Un hombre sin trabajo regalando su tiempo para servir a los demás. Un estudiante universitario entregando su futuro para servir a Dios. Un padre de familia ofreciendo su hijo al servicio de Dios. Una persona soltera entregando su deseo de tener pareja porque Dios ha hecho una llamada que solo puede ser realizada como soltera.

¿Estamos dispuestos a sacrificarlo todo, sabiendo que nuestra recompensa eterna superará con creces lo que hemos entregado?

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí la salvará. ¿De qué sirve que un hombre gane el mundo entero si se pierde o se destruye a sí mismo? (Lucas 9).

El Evangelio nos insta a soltar aquello a lo que nos aferramos; convence de pecado, revela la gracia de Dios, nos muestra el valor de la cruz, y nos da un apetito por las cosas verdaderamente buenas de Dios. En la cruz, nuestras más profundas necesidades son satisfechas, de manera que podamos dar de nosotros mismos libremente mientras descansamos con toda seguridad en las manos de Dios.

¿Hay alguna área de tu vida que no estés dispuesto que use? ¿Hay alguna área de tu vida que no has rendido a Él? Este es el punto en el que tu vida espiritual se estancará y se enfriará, o el punto donde Dios encenderá tu espíritu mientras trabaja a través de tu vida. Es cuando morimos a nosotros mismos y le entregamos todo que finalmente comenzamos a experimentar la vida para la que hemos sido creados.

Que el Salmo 139:23-24 sea tu oración y que te libere para ser usado plenamente por Él. *"Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. A ver si hay alguna forma ofensiva en mí, y guíame en el camino eterno."*